

en todo el mes un solo día únicamente al negocio de la salvacion, que el solo debiera ocupar toda la vida? Hállase tiempo para los negocios temporales, para las diversiones y para los amigos; ¿será posible que nunca nos falte sino para la salvacion de nuestra alma! Casi toda la vida se pasa en ajustar cuentas, en examinar libros, en aumentar fondos y en percibir rentas; ¿será mucho dedicar un solo día al mes en examinar las cuentas que hemos de dar á Dios, el estado de nuestra conciencia, el uso y lo que producen los talentos recibidos, y los medios de reparar las quebras espirituales que se han padecido? Bien se puede asegurar que de esta práctica depende la perseverancia y la salvacion de muchas almas.

---

### DIA VEINTE Y SIETE.

#### SAN CESAREO OBISPO DE ARLÉS.

San Cesáreo, una de las mayores lumbreras de la iglesia galicana, nació el año de 469 en el territorio de Chalons, á las márgenes del río Saona, de padres distinguidos por su antigua nobleza; pero mucho mas por su ejemplar piedad. Tomó el gusto á las cosas de Dios desde su niñez. Aun no tenia siete años, y ya se enternecía á vista de un crucifijo ó de otra cualquiera imágen devota. Volvió un día á casa medio desnudo, y sus piadosos padres quedaron gustosamente sorprendidos cuando supieron que habia dado parte de sus vestidos á un necesitado. Creciendo su virtud con la edad, y su disgusto del mundo con el amor de Dios, sin dar noticia á sus padres, se fué á buscar al obispo de Chalons, y le suplicó que le cor-

tase el cabello, y que con la tonsura le concediese el hábito clerical. Estaba ya muy informado el obispo de la virtud del santo niño, y no solo le concedió todo lo que le pedia, sino que tambien le agregó al clero de su iglesia á pesar de las oposiciones de su familia.

Pero deseoso todavía de vida mas perfecta y distante de la vista de sus padres, tomó la resolucion de hacerse religioso en el célebre monasterio de Lerins, sito en la Provenza. No pudo emprender su fuga con tanto secreto, que su madre no la llegase á entender. Despachó al punto algunos criados tras él, pero nunca le pudieron alcanzar. Tambien se asegura que el demonio hizo cuanto pudo para estorbar sus santos intentos. Fuéle siguiendo por mas de una legua un endemoniado, gritando con todas sus fuerzas: *Cesáreo, no pases adelante; detente Cesáreo.* Fatigado el virtuoso mancebo de aquellos importunos gritos, se paró; hizo la señal de la cruz en una taza que llevaba, habiéndola llenado de agua, dióselo á beber al poseido, y al punto quedó libre de tan enfadoso huésped.

Llegando á Lerins, le dió el hábito de monje san Porcario, abad del monasterio. En breve tiempo se hizo admirar de todos los religiosos el fervor, la devocion y la modestia del jóven novicio. Profesó, y viéndose ligado á la religion con los sagrados votos, soltó las riendas á su fervor. Parecia haber nacido sin pasiones; y en fuerza de su continua mortificación, perdió el uso de los sentidos. Era perpetuo y riguroso su ayuno; gastaba en oracion y en leccion el tiempo dedicado al descanso; por su apacibilidad, por su compostura y por su íntima union con Dios, no era conocido por otro nombre que por el del *ángel del monasterio*. Arruinaron su salud los rigores de su penitencia, juntos á la delicadeza de su complexion. Hizo su santo abad cuanto pudo para que la recobrase; pero viendo que nada aprovechaban los remedios ni su

paterna cuidado, juzgó que le haria mas provecho la mudanza de aires. Envióle á la ciudad de Arlés á casa de un ciudadano muy conocido en ella, que se llamaba Fermin, y con su mujer Gregoria se ejercitaba en obras de caridad con los pobres y con los religiosos enfermos. Enamorado Fermin de la extraordinaria virtud de Cesáreo, le trató como á hijo suyo, cuidó de su salud con cariñoso desvelo, logró reparársela del todo; y pareciéndole que le hacia doble beneficio, le puso bajo la disciplina de Pomerio, célebre retórico, para que le perfeccionase en la elocuencia y en las letras humanas. Pero pedia Dios á Cesáreo otro estudio mas serio y mas conforme á los designios de su divina Providencia. Así se lo manifestó en una vision, y desde entonces únicamente se dedicó al de la religion y de la sagrada Escritura.

Visitando un dia Fermin al obispo Eona, le dijo en la conversacion que tenia hospedado en su casa á un monje de Lerins, mozo de un mérito nada vulgar. Llamóle el prelado; hizole varias preguntas acerca de su país y de su familia; reconoció por ellas que era su pariente, y con beneplácito de su abad le detuvo en su palacio, y le incorporó en la clerecía de Arlés. Confirióle luego los sagrados órdenes, y poco despues le ordenó de presbítero. La nueva dignidad le hizo mas humilde y mas mortificado. Acordándose que era religioso, quiso parecer siempre lo que era. Nunca mudó su modo de vivir; siempre el primero á los divinos oficios, siempre mas penitente, mas caritativo y mas devoto; era para él el palacio episcopal lo mismo que el monasterio. Habia fundado uno san Honorato en el arrabal de la ciudad, y situádole en una isleta que forma el Ródano, llamada la Camarga. Hizole abad el obispo, y el santo le gobernó tres años con tanto zelo, con tanta prudencia y con tanto acierto, que, habiendo caido enfermo el obispo de

la enfermedad de que murió, descó mucho no tener otro sucesor que a Cesáreo. Muerto el prelado, fue electo Cesáreo para sucederle por unánime consentimiento. A todos agradó la eleccion menos á él; resistióse, huyó, escondióse; pero todo fue en vano; era menester rendirse á un llamamiento de Dios tan descubierto.

Luego que Cesáreo fué elevado á la silla episcopal, reconocieron todos que tenian en él un perfecto sucesor de los apóstoles. Correspondió su zelo á su eminente virtud, y á su zelo el fruto de sus trabajos. Predicaba regularmente dos veces al dia, por la mañana y por la tarde, y siempre con eficacia y con maravillosa mocion. Parecía que registraba lo mas interior de los corazones segun las vivisimas pinturas que hacia de las costumbres y de los desórdenes de su tiempo. Tenia singular talento para descubrir y para curar las enfermedades del alma. Su caridad con los pobres jamás le permitía dejar á alguno sin socorrerle; solia decir que las rentas del obispo eran la pension que la Iglesia tenia consignada para alimentos de los necesitados. Ningun pastor excedió á nuestro santo en el cuidado de su rebaño. En toda su diócesis no hubo aldea, choza ni cabaña, que no viese todos los años á su obispo, ni persona alguna que se escondiese á su vigilancia pastoral. Si manifestó su zelo en reformar los abusos, en desarraigar los vicios, y en restablecer la disciplina, no resplandeció menos en conservar entre sus ovejas la pureza de la fe. Combatió principalmente la herejía de los arrianos que profesaban los Godos, dueños á la sazón de la provincia. No explicó menos su zelo en atacar á los pelagianos, y especialmente á los semi-pelagianos, cuyo número era el mayor. Ni su caridad se estrechaba á los limites de su diócesis. Enviaba á los reinos comarcanos muchas copias ó traslados de

sermones que supliesen la falta de predicadores, y facilitasen la sana instruccion de los fieles. Tambien se aplicó á arreglar el oficio y culto divino, y a desterrar de los templos las conversaciones inutiles, las posturas indecentes, los trajes y modales desenyuetos, y en fin, todo lo que olia á profanidad. En medio de tantos trabajos, jamás se dispensó en alguna de sus acostumbradas penitencias; y causaba admiracion cómo podia hacer tantas limosnas con rentas tan moderadas. Fundó hospitales, así para los enfermos, como para los peregrinos ó forasteros, y tambien fundó algunos monasterios.

Siendo nuestro santo tan agradable a Dios, no le podian faltar tribulaciones. Hallóse expuesta su paciencia á tristes y prolongadas pruebas. Reinaba á la sazón en España Alarico II, rey de los Visogodos, y se extendian sus estados á la Aquitania y á la Galla Narbonense, que comprendia el Langüedoc y gran parte de la Provenza. Aunque era arriano el monarca, permitia á los obispos católicos que se juntasen para la conservacion de la fe y para atender á la disciplina eclesiástica. Convocóse un concilio en la ciudad de Agda el año de 506. Presidió en él san Cesáreo, á quien los obispos respetaban como á su maestro por su doctrina y por su virtud. Halláronse en este concilio treinta y cinco obispos, que hicieron setenta y un cánones de mucha importancia para la disciplina. Ordenaba el décimooctavo que todos los fieles comulgasen tres veces al año, por Pascua, por Pentecostés y por Navidad, añadiendo que los que faltasen a esto no serian tenidos por católicos. Era san Cesáreo rígido zelador y muy observante de los sagrados cánones, por lo cual los hacia observar á todos con su acostumbrada exactitud. Desagradó á muchos este zelo; formaron contra el santo una especie de conjuracion, y no perdonaron medio alguno para desacreditarle y para perderle con Alarico, forjando contra él mil calumnias. Estaba á la frente de los mal contentos Liciniano, notario de su iglesia, y acusó al santo de que favorecia secretamente á los Borgoñones. Movido de esta falsa acusacion, echó el rey á Cesáreo de su iglesia, y le desterró á Burdeos. Sufrió el santo con heroica paciencia las incomodidades de su destierro. Conocieron los de Burdeos su inocencia luego que fueron testigos de su santidad. Prendióse fuego en la ciudad, y no se halló otro medio para atajar el incendio, que recurrir á las oraciones del santo. Apenas se puso en oracion á vista de las llamas cuando estas se apagaron. Informado Alarico del milagro y de la ejemplar paciencia con que llevaba su destierro, le restituyó á su iglesia. Fué recibido en ella con públicas demostraciones de alegria; pero no duró mucho la calma. Derrotado Alarico por Clodoveo en los llanos de Poitou, perdió con la corona la vida.

Sucedióle Teodorico, rey de los Ostrogodos en Italia, y luego se halló con los Franceses y con los Borgoñones entre los brazos, sitiando unos y otros la ciudad de Arlés. Pasóse al campo de los sitiadores un eclesiástico mozo pariente de san Cesáreo, y de aqui se tomó pretexto para una nueva calumnia. Los arrianos y los judios, que formaban el partido mas poderoso, y eran enemigos de la religion de nuestro santo, le acusaron á los ministros del rey de que tenia inteligencia con los Franceses y los Borgoñones, y trataba de entregarles la ciudad. Bastó esto para suponerle reo; echaron mano de él: encerráronle en una horrorosa prision, y ya se trataba de arrojarle al Ródano, cuando dichosamente se interceptó una carta de cierto judio, que prometia á los sitiadores hacerlos dueños de una puerta de la ciudad, como libertasen del saqueo á todos los de su nacion. Conocióse por esta casualidad la inocencia del santo. Sacáronle del

calabozo, pusiéronle en libertad. y solo se aprovechó de ella para asistir á una multitud de personas desamparadas que se refugiaron a la ciudad despues de levantado el sitio. Viendo san Cesáreo que se las dejaba perecer de hambre y de miseria, despues de haber vendido todo cuanto tenia para socorrerlas, hizo fundir los vasos sagrados de oro y plata que servian al altar para pagar el rescate de los prisioneros, y para sustentar á los que estaban en peligro de morir de necesidad.

Esta generosa caridad, admirada de todos los buenos, irritó el corazon de los envidiosos, que no podian sufrir su virtud, y dió pretexto á otra nueva calumnia. Diósele á entender á Teodorico que Cesáreo habia destruido y puesto pobre á su iglesia por enriquecer á los Franceses y á los Borgoñones, y que fomentaba siempre en los pueblos cierto espíritu de sedicion. Mandóle el rey comparecer en Italia para responder á los cargos que se le hacian. Obedeció el santo; pasó á Ravena, y presentóse al rey con aquella serenidad de semblante y con aquel sosiego de corazon que inspira la buena conciencia. Bastó su presencia para disipar las impresiones del monarca. Luego que le vió, se sintió penetrado de la mayor veneracion y respeto al santo obispo; no le permitió hablar ni una sola palabra en punto de su justificacion, colmóle de honores, hizole ricos presentes que admitió Cesáreo; pero el mismo dia los empleó todos en rescatar á cuantos prisioneros de su diócesis se hallaban en Italia. No pudo menos de admirar y de publicar el mismo rey una caridad tan asombrosa. Noticioso el papa Simaco de que san Cesáreo estaba en Ravena, le quiso ver. Fué recibido del pontífice, del clero y de los senadores de Roma con aquellos honores que solo se tributan á la virtud y á un mérito extraordinario. Su presencia aumentó su

reputacion. Concedióle su Santidad et palio, y permitió que los diáconos de su iglesia llevasen dalmaticas como los de la iglesia de Roma.

Restituido á ella san Cesáreo, gozo de la paz y de la calma que le habia merecido su eminente virtud, Redificó el monasterio que habia comenzado, y habian destruido los arrianos con el pretexto del sitio, dedicándole á la santísima Virgen, á quien profesó toda la vida muy singular devocion; y es aquel célebre monasterio que se llama hoy la abadía de San Cesáreo. Puso en él una comunidad de religiosas, haciendo venir para gobernarla á su hermana santa Cesárea, que vivia con gran fama de santidad en un monasterio que el famoso abad Casiano habia fundado cerca de Marsella. Compúsoles una regla, en que se descubre sensiblemente el espíritu del Señor; y es un compendio de la perfeccion cristiana. Observóse exactamente en el monasterio hasta que se introdujo en él la regla de san Benito. Tambien dispuso el santo otra regla para los monjes, que fué recibida en muchos monasterios.

No fueron ellas solas las obras que escribió este gran santo. En la coleccion de las de los padres se hallan muchas homilias suyas, y los sabios se duelen con razon de la gran pérdida que hizo la posteridad eclesiástica en el tratado *de la Gracia y del libre albedrío*, que compuso contra Fausto de Riez. Siendo ya san Cesáreo el oráculo de toda la Francia por su sabiduría y por su santidad, celebró un concilio en Arlés, donde se hicieron muchos útiles reglamentos. Convocó otro en Carpentras, que presidió él mismo; y hallándose dos años despues en Orange en compañía de muchos obispos, con ocasion de la dedicacion de la iglesia fundada por el patricio Liberio, se celebró en la misma ciudad aquel famoso concilio, cuyos veinte y

cinco cánones sobre la predestinacion y la gracia fueron desde luego aprobados por el papa Bonifacio II, en una epistola que dirigió á san Cesáreo, como presidente que habia sido del concilio, y despues fueron adoptados por los concilios generales. Igualmente presidió en el concilio de Vaison, y poco despues en el de Riez, en que fué depuesto el obispo contumelioso por su escandalosa vida. Pronunciada la sentencia del concilio, escribió nuestro santo al papa Juan II, que la aprobó, y confirmó cuanto habia hecho contra aquel indigno prelado, que fué desterrado á un monasterio por el resto de su vida.

Restituido san Cesáreo á su iglesia, conoció que Dios queria premiar sus trabajos, y que estaba cercana su muerte. No hubo dias mas colmados que los suyos. Cayó enfermo hácia la mitad de agosto, y todos sus pensamientos se volvieron á los gozos celestiales, de que ya le daba el Señor á gustar algunos como destellos, en medio de los agudos dolores que padecia. En fin, despues de haber recibido los sacramentos de la Iglesia con el mayor fervor, lleno de dias y de merecimientos, entregó dulcemente su espíritu en manos de su Criador el dia 27 de agosto del año de 542, á los setenta y cuatro de su edad, venerándole despues todos los siglos como el verdadero modelo de un perfecto obispo. Diéronle sepultura como lo habia deseado en el monasterio de las religiosas que habia fundado él mismo, y que hoy tiene su nombre, aunque la iglesia, como ya se dijo, estaba dedicada á la santísima Virgen.

*La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue:*

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Cesarei, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitatis, et devotionem nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum...

Suplicamoste, o Dios omnipotente, que en esta venerable solemidad de tu bienaventurado confesor y pontifice san Cesáreo crezca en nosotros el espíritu de la devocion, y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor...

*La epistola es del cap. 4 de la primera del apostol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Sic nos existimet homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei. Hic jam quaeritur inter dispensatores, ut fidelis quis inveniat. Mihi autem pro minimo est ut à vobis judicer, aut ab humano die: sed neque me ipsum judico. Nihil enim mihi conscius sum; sed non in hoc justificatus sum: qui autem judicat me, Dominus est.

Hermanos: Considérenos el hombre como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Entre los dispensadores se busca ya aquel que sean encontrados fieles. A mí, pues, me importa muy poco el ser juzgado de vosotros, ó en juicio humano; pero ni aun á mi mismo me juzgo. Porque no me acusa la consciencia de cosa alguna; pero no por eso estoy justificado, pues el que me juzga es el Señor.

NOTA.

« Corinto, la mas célebre y la mas rica ciudad de Acaya, se habia entregado á todos aquellos vicios que regularmente acompañan á la opulencia y á mucho comercio con las naciones extranjeras, cuales son la profanidad, los deleites, el regalo y los demás desórdenes que son consecuencias de estos. En los

diez y ocho meses que san Pablo se detuvo en aquella ciudad, habia hecho grandes conversiones; y habiendo partido de ella, escribió desde Efeso esta admirable epistola, para preservar á los fieles del contagio. »

## REFLEXIONES.

*Considerérennos los hombres como ministros de Jesucristo*; es decir, un título tan glorioso debe acordar á los fieles el respeto y la sumision que han de profesar á los ministros del Señor; pero tampoco estos se han de olvidar de la humildad, de la bondad y del desinterés con que deben servir á los fieles, ni mucho menos de lo pura, ejemplar é irreprochable que debe ser la vida de los ministros del Salvador; de la fidelidad y de la pureza de manos con que deben dispensar los sagrados misterios; ellos son los que manejan los intereses de Dios y de los hombres, uniendo los derechos de su misericordia y de su amor. No hay empleo mas santo, no hay estado mas respetable, porque tampoco le hay mas sagrado ni mas sublime. ¡Qué virtud, qué santidad pide en los que le poseen! Son los dispensadores de la sangre de todo un Dios, temamos profanarla, dispensándola á los pecadores impenitentes; pero siendo la sangre de un Dios que murió por los pecadores, temamos tambien cerrar esta fuente de salud á los que se quieren lavar en ella. Las personas consagradas al santo ministerio son como unos ecónomos, cuya primera virtud debe ser la fidelidad. Fidelidad á Jesucristo para buscar únicamente sus intereses; fidelidad á la Iglesia para trabajar con zelo y rendimiento bajo sus reglas y sus órdenes; fidelidad á los pobres para administrar con economía su patrimonio; fidelidad á todos los fieles para instruirlos y para edificarlos. Faltar á la fidelidad de Jesucristo, es sacrilega prevaricacion; faltar á

la de la Iglesia, es sediciosa impiedad; faltar á la de los pobres, es notoria injusticia; faltar á la de los fieles, es una especie de irreligion, que siempre castiga Dios severamente. Apelo, Señor, á vuestro tribunal, exclama san Pablo, de los errados juicios de los hombres. A presencia de todo el universo reformaréis aquellas injustas sentencias que la maledicencia y la malignidad pronunciaron contra vuestros siervos. ¿Que razon mas poderosa para movernos á despreciar los juicios de los hombres, y para no mezclarnos nosotros en juzgar á los demás? A poca reflexion que hagamos sobre la lijereza y la inconstancia de los juicios que muchas veces hemos hecho de los otros, y sobre los intereses y las pasiones que nos incitaron a formarlos, nos será muy fácil despreciar los juicios que los demás hacen de nosotros. Todo un apóstol san Pablo, á quien de nada le remordia la conciencia. no por eso se cree justificado; ¿pues en qué fundamos nosotros nuestra seguridad? Esta engañosa seguridad precisamente ha de ser calma aparente y efecto de una falsa conciencia.

*El evangelio es del cap. 24 de san Mateo*

In illo tempore, dixit Jesus *En aquel tiempo, dijo Jesus á* discipulis suis : Vigilare ergo, *sus discipulos : Velad , porque* quia nescitis qua hora Dominus vester venturus sit. Illud *no sabeis en qué hora ha de* autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias qua hora futurus esset, vigilaret utique, *venir vuestro Señor. Sabed,* et non sineret perfodi domum *pues, esto, que si el padre de* suam. Ideo et vos estote parati, *familia supiera la hora en que* quia qua nescitis hora Filius *habia de venir el ladron, ve-* hominis venturus est. Quis, *laria ciertamente, y no permiti-* putas, est fidelis servus, et prudens, quem constituit dominus *tiria minar su casa. Por tanto,* *estad tambien vosotros preven-* *nidos, porque el Hijo del hom-* *bre vendrá en la hora que no* *sabeis. ¿Quién piensas es el* *siervo fiel y prudente á quien*

det illis cibum in tempore? Beatus ille servus, quem, cum venerit dominus ejus, invenerit sic facientem. Amen dico vobis, quoniam super omnia bona sua constituet eum.

su Señor constituyo sobre su familia para que les dé a tiempo el sustento? Bienaventurado el siervo, á quien su señor, cuando venga, encuentre obrando de esta manera. Os digo de verdad que le dara la administracion de todos sus bienes.

### MEDITACION.

#### DE LAS VIRTUDES APARENTES.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas comun en el mundo que la apariencia de la virtud. Aquella estimacion que inspira la misma razon natural a todo hombre por la rectitud, por la bondad, por la habitualidad del alma en obrar bien, en seguir lo que ordena la religion, y lo que dicta la recta razon, junto con aquella pasion que tiene una alma naturalmente orgullosa á sobresalir, á distinguirse, y á lograr todo lo que granjea honor y aplauso, son el verdadero origen de la hipocresia, es decir, de aquel artificio que se afecta en materia de virtud y de devocion. ¡ Cuántas hipocresias se imaginan licitas para ocultar uno lo que es, sobre todo cuando se cree necesaria la buena reputacion para el bien del público! Es la hipocresia un vasallaje que el vicio tributa á la virtud. El orgullo es el verdadero padre de todas las virtudes falsas; pero el amor propio tampoco tiene la menor parte en su nacimiento. Enamoran, encantan los privilegios de la virtud verdadera; su resplandor halaga los ojos, y el honor que la acompaña irrita, por decirlo así, el apetito de una alma naturalmente orgullosa; pero como la verdadera virtud pide necesariamente muchas violen-

cias, muchos sacrificios, que son indispensables para ser verdaderamente virtuosos; el amor propio, que no gusta de esta violencia, solo se aplica a las apariencias de la virtud, que engañan con exterioridades especiosas; esta mentirosa máscara contenta el orgullo, sin turbar las pasiones, ni inquietar el amor propio. Aféctase una dulzura superficial, una modestia bien figurada, una humildad que nunca pasa de las palabras ni de aquel airecillo ó encogimiento que quiere representarla; hácese todas las buenas obras que meten ruido, y se asiste con puntualidad á todas las devociones de moda. La disimulacion es arte, que con un poco de habilidad y otro poco de aplicacion bastan para aprenderle. A la verdad, el papel de devoto bien representado engaña, y ciertamente es cosa muy fácil dejarse engañar de él; pero ¿ qué adelantarán esos enmascarados? La comedia no dura mucho tiempo, y la máscara se cae ó se desgasta, y allá en el fondo de la conciencia se conoce muy bien que no hay cosa mas despreciable que querer un hombre figurar lo que no es. Sin embargo, no hay el dia de hoy cosa mas comun que esta impia mogiganga. No ha habido hereje que no haya afectado engañar con su exterior; ninguno, que no haya remedado al hombre devoto, al hombre mortificado, al hombre modesto. ¡ Buen Dios! esta generalidad de virtudes falsas prueba evidentemente la necesidad de un juicio universal.

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que las virtudes aparentes se encuentran principalmente en tres clases de personas: en los hipócritas, en los que el mundo llama hombres de juicio, y en la gente moza. En los hipócritas por malicia, y en la gente moza por flaqueza de la edad. Los hipócritas como embusteros afectan la apariencia de la